

a no venia la ocasión favorable, el presidente, parado ante un escaparate, presentando el blanco de su nuca... Licencien su vigilancia los hombres políticos, y encomiéndense a los santos. Quizás éstos vigilen mejor, desde sus altas sillas en el cielo.

Es innegable que si un hombre se decide a sacrificar su vida, sin reparo alguno, sin precauciones, es dueño de la ajena. No hay modo de evitar ese momento supremo; lo súbito de la acción impide la defensa; el asesino asegura a su víctima, entregándose. Cuando cabe prevenir, es antes, y aquí nadie previene nada. Ello es que D. José Canalejas, alta figura de la política, prestigio inmenso de la oratoria, ha caído, en la fuerza de la edad y en la cumbre de su carrera, y una vez más la sociedad siente el golpe en las entrañas, porque, allende la personalidad del presidente, algo ha sido herido, que a todos nos importa.

Sin duda lo que se ha repetido estos días encierra una profunda verdad: nunca se decapita a las sociedades: como a la antigua hidra, les renace la cabeza. La muerte trágica de la persona más notoria, importante e ilustre, no detiene ni un segundo la marcha de la sociedad, que se restaña la sangre en vivo movimiento, y se levanta y echa a andar, con paso seguro. Sólo lo colectivo vence a lo colectivo; el atentado de un individuo contra otro es un episodio dramático, que no tuerce el curso de los sucesos, a lo menos en el sentido que se propuso el matador. El partido liberal, desorganizado como todos sabemos, y que tanto convendría al interés de la patria que se reorganizase con unidad y cohesión, no llevaba trazas de conseguirlo, a pesar del talento, de la elocuencia, de cuantas dotes Canalejas poseyó y le reconocieron hasta sus mayores adversarios. Si ahora consigue reorganizarlo el conde de Romanones, con su gran inteligencia, la situación será mejor que antes. Los atentados, por fortuna, son estériles. Es el estado general social lo que transforma la vida de los pueblos. Refiriéndonos al caso especial de la muerte que deploramos y a los demás casos parecidos, hasta cabe decir que contribuyen a afianzar la solidaridad social, por los sentimientos de reprobación y de horror que suscitan.

Canalejas era un orador sublime. En esto no hay discusión, aun cuando su fama ascendiese adonde ascendió la de Castelar. Como Castelar tenía Canalejas la figura apaisada, el busto rechoncho, el brazo no largo, poco a propósito para el gesto amplio de la tribuna. Faltábales a ambos la elegancia y majestuosa presencia de Moret, la belleza de Romero Robledo—antes de su enfermedad horrible—, la poderosa fealdad saturada de entendimiento y la soberana voz de Cánovas. Con todo eso, Castelar llegó a la cima de la palabra, y Canalejas igual. La época de Canalejas, sin embargo, fué menos propicia al arte, a la fascinación del verbo. Acaso la suma elocuencia necesita magníficos asuntos que desarrollar, corrientes universales, ideales ardientes, principios elevados. Para decirlo de una vez, los tiempos de Castelar no fueron los mezquinos actuales.

No alcancé el esplendor de Castelar; le oí en sus postrimerías. Todo el cariño, todo el respeto que profesé al grande hombre no me harán suscribir a su estilo oratorio, que jamás fué de mi agrado. Dentro de ese estilo, hizo maravillas. El auditorio estaba como diz que las fieras al resonar la lira de Orfeo. No se obtienen estos resultados sino poseyendo enormes facultades artísticas.

Canalejas las tuvo. Es imposible hablar con mayor perfección, de un modo más noble, más persuasivo, más puro, más literario. Habíame dicho Canalejas, en una conversación larga y tendida, que su vocación verdadera no era la política, ni siquiera la tribuna, sino las letras. El antiguo catedrático de literatura resucitaba, atraído por el encanto de esa sirena que tanto sabe ilusionar, con el señuelo de la gloria. Soñaba Canalejas con unos últimos años consagrados a escribir libros, crítica, o acaso novela y comedias en el pacífico retraimiento del hogar, en una biblioteca ordenada, donde se alínean los volúmenes familiares a la mano, las lecturas predilectas. Yo no podía menos de pensar que no había nacido para eso aquel hombre cuyos discursos eran otras tantas joyas de dicción y de construcción; no todos sirven para todo. Un espejismo, sin duda, presentaba a su espíritu, fatigado por momentos del combate, aunque le sobrara energía para reñirlo, ocupación más reposada, más exenta de las espinas que rodean la por otra parte grata senda del poder. Quién sabe si un presentimiento mal definido le decía bajo y en truncadas cláusulas, que el camino del triunfo sería el de la muerte, traidora, pronta, brutal, con la bala que deshace el cerebro, palacio de la razón y arca de la sabiduría, y que detiene el pensar como una mano detiene la marcha de un reloj. La política es un juego estético, digno ciertamente de que por

él se arriesgue el vivir; pero, a veces, los políticos también anhelan la obscuridad, el silencio, la soledad del gabinete de estudio—la paz, en suma.

El gran orador no ha conseguido la fama que merecía: el político no tuvo tiempo de plantear su política propia, la silueta aparecerá un tanto confusa en sus lineamientos, pues hubo quien le creyó republicano dentro de la monarquía, mientras otros le tuvieron por monárquico dentro de la república y la democracia. El día de su muerte, estas vacilaciones e incertezas de la opinión influyeron para que mucha gente no lamentase la desgracia todo lo que, a mi entender, convenía. «No le consideraba salvador de la patria, como a Radamés», me escribe un español asaz indiferente a la política. Pero, ¿hay alguien que en nuestros tiempos, pueda salvar a la patria del todo? Cada cual la salva quizás un poco, a cada momento; los que practican el deber, los que trabajan por el arte y la belleza, los que mantienen el orden, los que vierten su sangre, los que hacen algo útil y bueno, los que enseñan y los que aprenden... El mal está en que tales salvadores no abundan, y en que, así como hay salvadores, haya dañadores de la patria en incontable número. Sin duda, personas como Canalejas están más en alto, mejor situadas para ese salvamento constante, para esa defensa indispensable ahora, como nunca; pero el esfuerzo del jefe de partido más leal y sagaz no es bastante si no le ayudan los salvadores ignorados y anónimos, la masa que constituye el fondo de la vitalidad social, como el conjunto de las partículas de arena y yeso forma la trabazón y solidez del edificio. Una policía bien montada, previsora, capaz de comprender lo que se prepara y lo que significan las idas y venidas de un individuo peligroso, hubiese prestado, en estos instantes, a la sociedad, el servicio de librar a Canalejas de la homicida bala...

El Estado quiere absorberlo todo, y la nación encuentra cómodo dejarse absorber. Así como se toleran placidamente los abusos, se miran con indiferencia los delitos. La burguesía es cómplice, por pachorra, de las violencias del terrorismo; se diría que nadie comprende la gravedad de los hechos. El individuo, más resuelto que la colectividad, realiza el crimen, y la multitud, burguesa y todo, no se entera de que, sea Canalejas o sea otro el que caiga, es la sociedad la que ha sido herida, una vez más, en el costado.

Ante la tumba recién cerrada, en horas tristes que se prestan a evocaciones de sombras del ayer, vuelven a mi memoria párrafos de discursos, detalles de relación con el muerto ilustre... Veo el pasillo del Congreso, a Canalejas que pasa rodeado de un grupo, el grupo solícito de los partidarios, de los que esperan y pretenden, y oigo su voz afable, y recibo su saludo de galante respeto, contestado en el tono amistoso y franco que nace de la simpatía. — «Un ruego... — Ordenes... — No encuentro quién quiera hablar en la velada de Espronceda, en el Ateneo... — Cuento usted conmigo. ¿Por qué no se acuerda usted de mí, cuando surge alguna dificultad?» — Le estrecho con reconocimiento la mano. Llevo, cuando hago la demanda al político agobiado de quehacer, dos semanas de invitar infructuosamente a literatos, que se niegan con diferentes pretextos. He llegado a creer que no se verificaría la velada, por falta de alguien que disertase en ella. Y encuentro en Canalejas la complacencia, la facilidad. Su antigua afición literaria ha remanecido; Espronceda es una de las devociones de su juventud. La velada se ha salvado. Canalejas la llena con su discurso sentido, brillante, improvisado, interesantísimo.

Otro recuerdo acude. Es el día en que, hallándose de cuerpo presente su padre, Canalejas tiene, imprescindiblemente, que hablar en el Congreso. Inmensa expectación produce la curiosidad de saber cómo arrostrará la especial situación de una arenga política, con la garra del dolor clavada en el corazón. El efecto es la sobreexcitación de facultades ya prodigiosas. ¡Una dignidad imponente; una vibración de la palabra, intensa, aunque sorda y como ahogada por el llanto siempre próximo a desbordarse; una perfección suprema del gesto, de la actitud, de la manera de llevar la cabeza; y aquel río caudaloso de frase matizada del modo más exquisito, sin una vacilación, sin un instante de fatiga, sin que un vocablo ni un giro faltasen en el momento en que debían acudir, articulados con claridad cristalina, con fuerza y calor que los transformaba y los llevaba al alma directamente! La admiración que verbalmente le manifesté aquel día, la exteriorizo ahora, en la hora de la desaparición del amigo. ¡Consuelo para los suyos, para él un lugar en la historia, al lado de las mayores glorias de la tribuna, entre las sombras de Argüelles, Ríos Rosas, Rivero y Castelar!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No es posible hablar de otra cosa: si a cada cual le preocupan propias penas, hay algo que para todos tiene que ser motivo de cavilaciones, si no lo fuese de sentimiento: el atentado que con tan fulgurante rapidez ha puesto fin a la vida del presidente del Consejo de Ministros, que parecía llamada a prolongarse muchos brillantes años, pues había juventud en su edad madura, y robustez en su constitución, apenas gastada por la lucha y los afanes.

Yo uno mi voz a las que, en este caso especial como en otros que con él guardan analogía, han protestado de la insuficiencia de los servicios policíacos. Cánovas del Castillo, por ejemplo, no debió caer bajo la bala de Angiolillo, si la policía destinada a defenderle cumpliera su misión. Llegó un hombre desconocido a un balneario donde se encuentra un personaje político de tal altura, tan amenazado de muerte por determinados elementos, contra el cual ya se había cometido un atentado, y a quien era sabido que se trataba de suprimir. Ese hombre, extranjero, italiano y, según después se supo, filiado como peligroso anarquista de acción, se instala, sin otro equipaje que una maleta pequeña y raída; no consulta al médico del establecimiento, no toma las aguas. No es, pues, un bañista; no es tampoco un ocioso de buena sociedad, que se propone entretener una semana en unas termas de moda. Es un sujeto por todos lados sospechoso, y que, en la mesa redonda, no aparta la vista un minuto del presidente, como si quisiese beber su rostro, empaparse de aquella forma humana que va a destruir y aniquilar. Cuando Cánovas sale a paseo, el misterioso le sigue, va con él hasta el fin de la caminata, porque ha decidido matarle cuando llegue a la ermita objeto de la excursión; y no lo hace aquel día, porque el presidente está besando a unos lindos niños rubios, y el romántico del crimen se detiene ante la inocencia.... Tranquilo, espera el momento favorable, en que encuentra a su víctima sola, entregada a esa distracción del intelectual ante la página impresa, que hace olvidarse de todo; a la misma distracción de Canalejas, frente al escaparate de la librería. Y entonces, sobre seguro, consuma el sacrificio. ¿Qué ha hecho entretanto la ronda de vigilantes que no tiene en aquel reducido círculo más deber que el de velar por la preciosa vida? Probablemente, jugar al tute o al rentoy.

La terrible lección ni siquiera ha servido para determinar experiencia. La bomba de la calle Mayor, ¿quién la ha olvidado? Se anunció con anticipación. Parece que hasta en la corteza de los árboles estaba escrita. No he de rehacer esa página terrible: cuando se estudien con calma y a la reveladora luz de los documentos los sucesos que pertenecen a edades pasadas, se notará hasta qué punto era fácil rastrear las intenciones y propósitos de un sectario que se entregaba a exterioridades, como si quisiese verse en la imposibilidad de ejecutar la misión que se le había impuesto. Fué necesario que la policía, bonachona, cerrase los ojos, para que Morral lanzase su bomba desde el balcón trágico; y fué necesario que el anarquista no tuviese condición alguna de conspirador, no hubiese tampoco previsto nada, para que le descubriesen días después.

Por lo visto, la policía sabía de memoria al asesino de Canalejas, sus antecedentes, los propósitos que le animaban, las etapas de sus inequívocos viajes, y hasta, según noticias, se le había seguido, perdiéndole luego de vista, ni más ni menos que en las novelas de *detectives*..., todo lo cual no fué óbice para que se pasease por Madrid, libremente, en acecho Dios sabe de qué, eligiendo sosegadamente su víctima, a este quiero, a este no quiero, como el cazador en la selva... No es seguro lo que hubiese intentado